

AYUNTAMIENTO DE OLIVENZA

## HOMENAJE A TRES INTELECTUALES OLIVENTINOS



ANTONIO LUIS MARZAL FUENTES  
MANUEL MARZAL FUENTES  
ANÍBAL ABADIE – AICARDI

Olivenza • Excmo. Ayuntamiento • 2007

**ANÍBAL ABADÍE – AICARDI,  
HIJO ADOPTIVO DE OLIVENZA  
(HISTORIA DE UNA TONELADA DE LIBROS)**

Luis Alfonso Limpo Píriz



En la primavera del año 2000 el Archivo Histórico Municipal de Olivenza estaba plenamente volcado en la presentación de una ponencia sobre la proyección americana de la *Guerra de las Naranjas* al Congreso Internacional “Manuel Godoy y su tiempo”, que se celebraría al año siguiente. El Archivo había recibido de la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura y de la Diputación Provincial de Badajoz una pequeña ayuda para localizar fuentes documentales sobre el tema. En el transcurso de dicha investigación, y prestado por la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, pude leer un libro verdaderamente interesante. Se trataba de la edición comentada de un largo informe escrito en Madrid durante la primera mitad del año 1816 por D. Miguel de Lastarria y dirigido al entonces Ministro de Estado, D. Pedro Cevallos. En dicho informe, el antiguo fiscal de la Audiencia de Buenos Aires denunciaba el peligro inminente de que los portugueses, desde el sur del Brasil, invadieran toda la Banda Oriental del Uruguay, recuperando así Colonia de Sacramento y la margen izquierda del Río de la Plata. La Corte portuguesa se encontraba entonces en Río de Janeiro. En el Congreso de Viena Portugal no sólo no había recuperado el enclave de Olivenza, sino que había sido obligado a devolver a Francia la Guayana. Una división de sus tropas veteranas, curtidas en la guerra peninsular bajo el mando de Wellington, había sido embarcada al Brasil. El diagnóstico que hizo de la situación D. Miguel de Lastarria en su informe fue tan certero, que llevó a su editor a presentarlo, más que como profecía, como crónica de la invasión que, efectivamente, tuvo lugar en la segunda mitad de 1816.

Después de leer *Portugueses y Brasileños hacia el Río de la Plata* (Brasil: Pool, 1977) sentí la necesidad imperiosa de contactar con



su autor-editor, el profesor uruguayo Aníbal Abadía-Aicardi. Necesitaba ampliar mis conocimientos sobre Lastarria, el vidente que escribió en Madrid lo que estaba pasando en ese mismo momento en Montevideo. Pero ¿cómo averiguar su paradero? Gracias a Internet, y a las dotes policíacas de mi mujer, saltamos del fichero de investigadores de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla a la Universidad Federal de Santa Catarina, sur de Brasil. El profesor Abadía, en efecto, *había sido* profesor allí. Pero ya estaba jubilado. ¿Dónde se había ido a vivir? Después de muchas pesquisas, alguien nos facilitó la dirección postal de alguien que le conocía. Le escribí, sin mucha esperanza, la carta de rigor. Cuando ya casi me había olvidado por completo de ella, a los cuatro meses, me llegó cumplida respuesta desde la antigua Nossa Senhora do Desterro, su fecha 17 de septiembre de 2000. Aquella carta fue el inicio de una espaciada correspondencia plena de intercambios, informaciones, comentarios, fichas bibliográficas, referencias documentales y sugerencias críticas sobre las figuras de Lastarria y Godoy, sobre los Tratados de Badajoz y el Congreso de Viena, sobre la Historia de Portugal, de España, de Olivenza, y la larga mano que en ellas tuvo la pérfida Albión, etc,etc... Mi ponencia sobre la proyección americana de la *Guerra de las Naranjas*, instigada por el magisterio del jesuita Manuel Marzal, encontró un segundo guía en el profesor Abadía-Aicardi, hombre que había dedicado muchas horas de su vida al estudio de las relaciones luso-españolas en la América Meridional.

Desde hacía años, la Biblioteca de Olivenza había ido reuniendo una colección de publicaciones especializadas sobre las relaciones luso-españolas en el ámbito metropolitano. El Gabinete de Iniciativas Transfronterizas de la Junta de Extremadura concedía todos los años un pequeño subsidio a nuestro modesto Centro de Estudios Ibéricos para ampliar e ir catalogando esa biblioteca. También para difundir por otras bibliotecas y centros de investigación la revista *Encuentros/Encontros* y nuestro catálogo. Todo ese material fue llegando, poco a poco, a las manos de Aníbal, vocación paralela y complementaria de la nuestra al otro lado del Atlántico.

Ni qué decir tiene que aquella relación epistolar, en principio ceñida a temas académicos, acabó *degenerando* en amistad y viva simpatía. Sobre todo, al descubrir por mi parte en la Biblioteca Santa Ana que, además de la Historia, Aníbal Abadía-Aicardi cultivaba también la Poesía. Aníbal había conocido al Marqués de la Encomienda durante una cena en el monasterio de Guadalupe. En ella, naturalmente, el Príncipe de los Bibliófilos Extremeños le arrancó al uruguayo el compromiso de envío de todas sus publicaciones. Buscándole en Florianópolis, resulta que al final Aníbal *estaba*, como quien dice, a la puerta de casa, en Almendralejo. “Salude al Marqués de mi parte. Aunque nieto de palentina nacida en León, y biznieto de vasco-navarros franceses, mi corazón está en esa querida península de fraterna y enconada frontera interior. De haber podido, no la hubiera dejado nunca. Mis *sau-dades* son permanentes...”

Apartado de la Universidad, de la convivencia con alumnos y colegas, y en momento psicológicamente delicado como era el de su jubilación, ¿será jactancia por mi parte decir que, gracias a Lastarria, Aníbal encontró en mí a un nuevo discípulo, también a un nuevo amigo? En sus cartas, con una punta de amargura, me daba parte de su situación de retiro, “...lo cual se paga con silencios y digestiones de otros autores que cultivan el olvido de muchas fuentes para promoverse como manantiales.” Creo que Aníbal no se encontraba a gusto en Brasil. Con la sutileza y el barroquismo consustancial a su estilo, me contestó a una petición que le hice de sus libros para distribuirlos en España: “Soy un autor agotado...” Pudo enviarme, en cambio, separatas de sus artículos: “Verá Vd. por ellos que predomina en mí la identidad bicéfala de Iberia y he tentado superar los enconos fronterizos. Entre vecinos, siempre hay roces y entrechocques. Pero la cosa se agrava si un tercero atiza la rivalidad. El *Divide et Impera* romano fue lección magníficamente aprendida en su sólida formación greco-latina por los maquiavélicos rectores de Albión.”

En abril del 2001, todavía en Florianópolis, me anunció su intención de trasladarse a Montevideo, a un apartamento en





segundo piso pero “...sin ascensor, con 2.500 – 3.000 libros que tengo que reducir para mudarme a uno menor, con ascensor, y sin las ilusiones, a los 71, de consultar el mínimo de ese acervo. Lo reduje enormemente con donaciones a bibliotecas intermedias por roedores que hicieron considerables sisas *pro domo*. Estoy tentando ahora su venta simbólica a centros académicos alemanes o europeos...”

Después de dos años carteándonos, Aníbal tuvo la suficiente confianza en mí como para hacerme partícipe de aquel problema. Aceptó mis buenos oficios para salvar su biblioteca. Las instrucciones bajo las cuales realicé mi tercería llevaban fecha 1 de julio de 2001, y rezaban así: “Aunque no me importaría venderla, no tengo objeción en donarla, siempre que el donatario cargue con trámites y gastos de envase y transporte ultramarino. Y que la mantenga íntegra e identificada como una familia, que es lo que le debo por lo que fue y es para mí. Y que no se presten los libros a domicilio, para salvarlos del trajín y las manos negras. Ello supondría disponer anticipadamente de mobiliario *fortificado*, para conservarla a salvo de los moros en la costa...”

La primera gestión que hice fue con el Director de la Biblioteca Pública del Estado en Palencia. Me contestó que sólo les interesaban los libros de temática regional, sobre Castilla-León, o sobre la provincia. La Universidad de Salamanca y la Complutense fueron otras opciones, por ser ambas *almae matres* de Aníbal. Pero allí, como él mismo me indicó, corríamos el riesgo de que su biblioteca se diluyera en un más vasto conjunto o terminara almacenada *sine die* en algún sótano o depósito. Otra gestión que realicé fue junto a la recién fundada Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes. A Encomienda le habían “encomendado” sus compañeros académicos constituir la biblioteca de la Corporación, que naturalmente carecía de fondos para los gastos de empaque y transporte, y por supuesto de estanterías “fortificadas”.

Otro problema surgió también en el transcurso de aquellas conversaciones. : los donatarios pedían previamente un catá-

logo de aquellos libros cuyos portes iban a pagar, una relación de autores y de títulos, mas fecha de edición. Pero Aníbal, a sus años y solo, obviamente no estaba en condiciones de ponerse a catalogar tres mil libros. Le sugerí entonces recurrir al agregado cultural de la Embajada de España en Montevideo, D. Guillermo Kirkpatrick, con quien me había carteadado también en busca de algunos libros. Aníbal aceptó la sugerencia. “Si él viera la biblioteca, confirmaría que tal caballo regalado, aún mirándole el pelo, vale la pena del traslado.”



El 9 de diciembre de 2001 Aníbal se instaló finalmente no en un piso, sino en un hotel de Montevideo, huyendo de las escaleras de su tercero sin ascensor. La crisis argentina provocada por la retención de los depósitos bancarios, el llamado *corralito financiero*, golpeó también a la dependiente economía uruguaya, depreciando el valor de un inmueble que, por otra parte, no se podía vender con los libros dentro. En esas circunstancias, no precisamente fáciles, el 11 de marzo de 2002, recibí de un tal Pancho Talero un extraño correo electrónico, dirigido oficialmente al Director de la Biblioteca Pública de Olivenza. Su texto era el siguiente:

“Cúmpleme concretarle mi oferta de donación para el fondo bibliográfico de estudios interibéricos, metropolitanos e indios, de mi biblioteca de profesor universitario, titular de Historia de la Cultura Ibérica, y autor de diversas publicaciones sobre la historia de la frontera hispano-lusitana colonial en la América Meridional, conforme a mis investigaciones en archivos especializados y bibliotecas sobre éste y otros temas de nuestra común dedicación. El acervo consta de más de mil volúmenes de tema histórico-cultural, político, diplomático, literario y general, en ambas lenguas ibéricas o en lenguas extranjeras (francés, alemán e inglés).”

Ese mismo día recibí otro correo electrónico, éste ya a título particular, en el que Pancho Talero/Aníbal me expuso con más libertad las razones de su decisión: “ El destino de mi biblioteca y manuscritos *in partibus infidelibus* me revoloteaba



sobre la cabeza desde hacía cinco años, como los sueños de la razón goyescos. Mis buenos amigos caerían después de mi muerte en el purgatorio de la campana neumática, previa a la máquina de picar papeles para alegrar el carnaval neoafricanoyanquituttifrutti. Por su dedicación histórico-literaria, interibérica e interindiana, se salvaría incorporándose al acervo similar de Olivenza, y por el resto de mi calendario en este planeta y mi sociabilidad y memorias de ultratumba, quedarían en familia al pie del fraterno Guadiana.”

Profesionalmente, ha sido hasta ahora el día más feliz de mi vida. No todos los días le ponen a uno en las manos el fruto de una vida entera de trabajo e investigación. Inmediatamente informé al Alcalde de la oferta que se nos hacía allende el Atlántico. Ramón Rocha convino en la importancia del legado. Pero ¿podíamos fiarnos de un desconocido? Antes de tomar cualquier decisión, la prudencia aconsejaba recabar al menos el informe del agregado cultural de la Embajada para que certificase el valor efectivo del legado cuyos portes íbamos a pagar. En este punto surgió un problema inesperado.

Resulta que en Montevideo se estaba construyendo por entonces un Centro Cultural de España, con proyecto de biblioteca propia. El seguro instinto de Ramón Rocha, avezado en lides políticas de toda clase, le musitó al oído que pedirle a Kirkpatrick visitara el apartamento de Aníbal era correr el riesgo cierto de perder su contenido. Así que a finales de ese mismo mes de marzo, y por vía de urgencia, el Pleno del Ayuntamiento aprobó aceptar la donación de la desconocida biblioteca de un desconocido, asumiendo los gastos de su embalaje y transporte desde Montevideo. Mi palabra, en aquel momento, era la única base que tenía el Pleno del Ayuntamiento para adoptar una decisión comprometida, que entrañaba el gasto de un dinero público. A fin de cuentas, ¿quién era el Profesor Abadíe? Para responder aquella pregunta, para evaluar directamente la donación y en su caso agradecerla personalmente, Ramón Rocha -hombre a quien estimulan, que no disvaden, las distancias...- tomó la rápida decisión de cruzar el charco.



Aníbal respondió al acuerdo plenario enviando nuevo correo electrónico del siguiente tenor: “Con agrídulce emoción gracianesca celebro la decisión tomada. Aunque concreta la necesaria separación de tan buenos amigos, les renovará techo fiel y vocación ibérica peninsular activa, como en los muchos años que me acompañaron. Agradezco tu impulso vocacional y el apoyo del Alcalde, con una visión que va más allá de las murallas actuales de Olivenza para corroborar esa proyección común ibérica, ya enraizada en su biblioteca actual.” Antes de volar hacia Montevideo, vía Buenos Aires, le pregunté a Aníbal si deseaba algo de España. “No se me ocurren sino innumerables cosas para traerme - me respondió... - por lo cual lo mejor es que me traigan un frasquito con aire de la Península. Recuerdo que en México les vendían con gran éxito a los yankis en el aeropuerto latitas de a peso que decían: *Contiene aire de México.*”

El sentido del humor, en efecto, era uno de los rasgos más acusados de la personalidad de Aníbal, tal y como presumía yo por sus cartas, atiborradas de ladillos donde chisporroteaban sus ingeniosos juegos de palabras. Combinamos encontrarnos a la puerta de un restaurante próximo a su hotel. Al no conocernos personalmente, las primeras palabras que cruzamos cuando nos estrechamos la mano fueron algo cómicas:

- El profesor Abadíe, supongo...

De allí a poco estaba sentado a la mesa con nosotros delante de un churrasco de ternera, intercambiando anécdotas y chistes con el Alcalde, como si nos hubiéramos conocido de toda la vida. Pasamos la tarde entera en su apartamento, una casa que había permanecido cerrada más de tres años, fría y húmeda. Apenas tenía muebles. Lo único que había en ella eran libros, libros por todas las habitaciones. No me extraña que en aquel ambiente “tutankamonesco” – adjetivo de Aníbal – hubiese contraído una medio pulmonía. Hablamos. Hablamos y hablamos durante horas. Su locuacidad no tenía límites. En el destartalado salón de aquella vivienda, un cáma-





ra que habíamos contratado previamente grabó un pequeño mensaje de Aníbal para todos los oliventinos, con la idea de ser emitido por la televisión local a nuestro regreso. ¡Lástima que problemas de formato impidiesen después la difusión de aquel vídeo! Aníbal lo supo, rehizo su alocución y nos envió un nuevo mensaje titulado *Nuestros libros son los ríos*, inédito hasta hoy. Nos despedimos de él ya de noche, tras haber certificado la cantidad y calidad de lo que nos ofrecía, con la promesa de una futura visita a España para conocer el nuevo hogar de sus libros.

Antes de abandonar Uruguay tuvimos tiempo de visitar el Museo Histórico Nacional para entregarle a su director, D. Enrique Mena Segarra, fotocopias de un curioso documento. Se trataba de una exposición del gremio de hacendados de la Banda Oriental ante el Cabildo de Montevideo lamentando los daños y perjuicios causados por la invasión portuguesa en el segundo semestre de 1801, conservada en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. En la última página, entre los declarantes, se leía el nombre del entonces Ayudante Mayor del Cuerpo de Blandengues, José Gervasio Artigas, el padre de la patria. Allí estaba, documentada, la cara oculta de la *Guerra de las Naranjas*. El día que nos quedaba libre lo aprovechamos para visitar Colonia de Sacramento. Debido a su estratégica posición en la boca del Plata, aquel enclave de la frontera colonial luso-española había sufrido un increíble trasiego de soberanías, muy similar al de Olivenza en la frontera metropolitana.

Regresamos a Madrid dejando concertada con una empresa de transporte internacional el embalaje y flete de la biblioteca por vía marítima. Regresamos, sobre todo, con la satisfacción de haber cumplido el deber moral de agradecer personalmente a Aníbal su donación. “Continúo clasificando los libros para que puedan ser trasladados lo más ordenadamente posible – me decía poco después en un correo.- No te oculto que, por momentos, pienso en la eventualidad de hacerme embalar en el último cajón, disfrazado de Ramsés II, para continuar leyendo lo leído y lo desleído...” Yo me imaginaba a Aníbal en su húmedo y frío apartamento, solo, metiendo uno

por uno en las cajas sus amados libros, despidiéndose de ellos uno por uno, arrojando lastre por la borda hasta quedar “ligero de equipaje”.

Las 44 cajas de 50 x 75 cm. con la biblioteca de Aníbal formaban un cubo reforzado con gruesos tablones que pesó 1.396 kilos. Las cajas llegaron a Oporto, después de haber tocado puerto en Amberes, a finales de julio. Todo había ido bien hasta aquel momento. Pero, justo entonces, empezaron los problemas. La ineptitud de la empresa portuguesa receptora de la carga nos indujo a comprometer al Ayuntamiento de la ciudad hermana de Elvas con una declaración en la que ellos se hacían pasar por destinatarios de la misma. Este trámite absurdo, que pretendía “nacionalizar” el bulto para ahorrarnos el pago de no sé qué impuesto, no sólo hubo de ser anulado después, sino que levantó las sospechas del administrador de la *alfândega* de Freixeiro. Al abrir una de las cajas para verificar la mercancía declarada, descubrió “...*além dos livros, uma benguela em bambú con interior em forma de espada, lâmina dupla, posters reproduzindo imagens antigas, bem como um mapa de 1938, pelo qual proponho ao Sr. Despachante Oficial que reúna elementos mais conclusivos quanto à situação em apreço.*”

Hube de emplearme a fondo durante toda la primera quincena de agosto contra la burocracia portuguesa para explicarle que nada antiguo ni de valor había en aquellas reproducciones, pequeños recuerdos y objetos personales que Aníbal, sin pensar en las consecuencias, había incluido también entre los libros. Cuando, finalmente, levantaron mano en Oporto, y el contenedor con la tonelada de “papeles manchados con tinta” - según la insuperable definición de Pessoa- llegó a la frontera de Caia, la falta de profesionalidad del *despachante* portugués volvió a jugar nos una segunda mala pasada. El camionero abandonó la carga en un almacén. Dando por cumplida su misión, regresó a Oporto despidiéndose a la francesa con un escueto aviso:

- *Os senhores podem recolher o pacote quando quiser...*





Fue necesario contratar los servicios de un agente de aduanas español para resolver todos los trámites y conseguir en Hacienda la franquicia de los derechos de importación, como correspondía a mercancía no lucrativa. En esas gestiones, para mí angustiosas porque no veía el momento de que los libros llegasen a Olivenza, consumí los restantes 15 días de aquel atribulado mes de agosto. Al final, y pagando nosotros los portes desde Badajoz a Olivenza en contra de lo convenido, la biblioteca del profesor Aníbal Abadía-Aicardi pudo ser desembarcada con un camión grúa en el patio del Cuartel del Pozo el día 2 de septiembre de 2002.

¡Cuántas cosas pueden decirnos los libros de su propietario! Durante estos cuatro años en que han sido clasificados, registrados y catalogados, ¡qué convivencia íntima, qué mudo y prolongado diálogo el que he sostenido con Aníbal gracias a ellos! En las páginas de sus libros encontré dedicatorias autógrafas de distintas personalidades del mundo de la cultura que habían ido jalonando su vida: Enrique de Gandía, Sánchez Albornoz, Caro Baroja, Luis G. de Valdeavellano, Ferrand de Almeida, Astrana Marín, Ramón Menéndez Pidal, Rudolf Grossman, Gregorio Marañón, Tuñón de Lara, Charles Gibson, Günter Khale y tantos otros... Encontré hojas un día verdes, pétalos de rosas, florecillas campestres recogidas en los alrededores de La Arrábida. Encontré, también, toda clase de humildes testigos de sus andanzas *Por tierras de Portugal y España*: billetes de autobús, de tren, de metro; tickets de restaurantes; facturas de hoteles y pensiones; entradas a los toros, al teatro; resguardo de libros o fotocopias pedidas en la Biblioteca Nacional, en el Archivo de Indias o la lisboeta *Torre do Tombo*.

Más de una vez he pensado que, ordenando cronológicamente todas esas migajas documentales, sería posible reconstruir con total fidelidad sus correrías a lo largo y ancho de la piel de toro. Los libros de Aníbal, muchos de ellos completados en sus últimas páginas con curiosos índices analíticos, me decían de su sólida formación y vasta cultura, de sus viajes y

estancias, de su dominio del latín, inglés, alemán y francés, además del italiano y, por supuesto, del portugués. Me hablaban de sus intereses, repartidos entre la Historia, el Derecho y la Literatura; de su atención al movimiento romántico en Europa y en América; de sus estudios sobre la tradición salmantina en la Universidad de México, sobre las figuras de D. Pedro Cevallos, de Esteban Echevarría, del Dr. Otto Woysch o la más lejana de Juan González, el extremeño rector de la Universidad de México que abandonó todos sus cargos para misionar entre los indios, cuyas huellas seguía también desde Villanueva del Fresno el profesor Eduardo Barajas.

Sus libros me hablaban de la ilustre ascendencia intelectual de su familia, de su padre, Aníbal-Raúl Abadía Santos, autor de la admirable *Síntesis de Historia Americana*; de su tío Horacio, el magistrado y comentarista del Código Civil, Procurador General que fue de la República. Libros enriquecidos con cientos de separatas, anexos y artículos de prensa o entrevistas, gratas sorpresas que ampliaban aspectos de los temas tratados. Libros anotados, subrayados, comentados. En una palabra: libros digeridos, que nos permiten conversar a un tiempo con su autor y con su propietario. Entre los libros, había también algunos grabados antiguos que escaparon milagrosamente al escáner de la *alfândega* de Oporto: una lámina con el retrato de Liniers, el héroe que se propuso rescatar del dominio portugués los *Sete Povos* antes de hacer frente a los ingleses; fotografías suyas en el campus de la Universidad de Colonia del brazo de su maestro, el gran hispanista Richard Konetzke, hombre que lucía siempre en la bocamanga de sus camisas un par de gemelos con las armas de Castilla y León; un mapa elaborado por Reyes Thévenet con el proyecto confederal de Artigas que utilizamos para ilustrar las cubiertas del nº 4 de *Encuentros*; una copia del mapa de la Banda Oriental levantado por Félix de Azara antes de zarpar a España en 1801; pequeñas artesanías de los indios de Oaxaca, los escudos de la Universidad de Hamburgo, Salamanca y Complutense, una fotografía grande, en color, del Fuerte de Santa Teresa, con el





océano al fondo, y otra aérea, en blanco y negro, del estrecho de Gibraltar, un billete de diez pesos con la firma del Che Guevara como Presidente del Banco Nacional de Cuba, la segunda edición de *El chiste y su relación con lo inconsciente* con una dedicatoria autógrafa de su autor, un azulejo valenciano que reza TOT MENOS APURARSE y una réplica de otro con la expresiva leyenda

*Desde los tiempos de Adán  
unos calientan el horno  
y otros se comen el pan.*

Ahora que se ha completado la catalogación de su biblioteca, puedo confirmar con total seguridad el negocio redondo que hizo el Ayuntamiento de Olivenza adquiriéndola en su día por apenas 6.000 €, portes mas viaje y estancia en Montevideo incluidos. Una docena tan solo de algunos de sus ejemplares alcanzaría hoy en el mercado valor superior. Pero ya sabemos, con Machado, que

*todo necio  
confunde valor y precio.*

La biblioteca de Aníbal tiene para Olivenza un enorme valor porque contribuirá a la formación humanística de futuras generaciones de oliventinos y extremeños, aparte de constituir un inestimable punto de apoyo para reescribir esa página, la más importante de nuestra historia, que es el Tratado de Badajoz de 1801. La biblioteca de Aníbal, prolongación del velo levantado por Manolo Marzal, nos descubre la cara oculta de la *Guerra de las Naranjas*. Pero, además de lo que representa como testimonio de una vida entera consagrada al estudio y la investigación, además de lo que aporta a la historia local, el auténtico valor de esa tonelada larga de libros reside en su universalidad. Gracias a ellos, la Biblioteca Pública Municipal « Manuel Pacheco » de Olivenza, y el Centro de Estudios Ibéricos Agostinho da Silva, refuerzan sobre manera su papel de puente o bisagra entre Portugal y España. En una tierra como Extremadura, cuyo Estatuto de Autonomía se hace eco de la proyección histórica que nuestros hombres y

mujeres tuvieron en América y de los especiales vínculos que por razones de vecindad nos unen a Portugal, la biblioteca de Olivenza pasa a ser una referencia obligada para el estudio, para el engarce de la historia común de portugueses y españoles, tanto en la península como en la otra orilla del Atlántico. La historia de Argentina, de Uruguay, de Brasil, de México, de Portugal y España, naturalmente, está presente en sus textos fundamentales en las estanterías de la Biblioteca de Olivenza. Pero en ellas también hay ensayo, libros de filosofía, economía, política, derecho, biografías, libros de viaje y mucha literatura: española, portuguesa, francesa, italiana, alemana, de la Antigüedad Clásica...

En resumen: un verdadero tesoro de conocimientos, antes particular, ahora público, gracias a los buenos reflejos del Alcalde de Olivenza y a la generosidad de quien, por tan justo motivo, pasa a ser considerado desde este momento como HIJO ADOPTIVO DE OLIVENZA. Una deuda moral impagable, como la contraída por Olivenza con el profesor Abadía-Aicardi, sólo podría retribuirse con un título cuyo valor es también esencialmente moral. Sólo podría retribuirse inscribiendo su nombre en una de las páginas del libro más especial de todos cuantos custodia la Biblioteca: el *Libro de Honores y Distinciones*.

No es casualidad que en dicho libro, al nombre de este sudamericano vicariamente enraizado en Olivenza, preceda el nombre de un oliventino a su vez enraizado en el Perú, el de Manolo Marzal. Ambos, se cruzan y entrecruzan con otros nombres, como los de Manuel Godoy o Miguel de Lastarria, en el cañamazo de la Historia. Historia que nos lleva de la mano a otras historias, como la que aquí se acaba de contar.

Ya se que - cronista oficial - he pecado de indiscreto. Pero los oliventinos merecían saber el quién, el cómo y el por qué de este nombramiento.





## NUESTROS LIBROS SON LOS RÍOS QUE VIENEN DESDE LA MAR A CONVIVIR...

Aníbal Abadíe – Aicardi

En un sí es no es de vanidad y de balance realista, después de tantos (tan pocos) años de dedicación a la Historia de la Cultura ibérica e iberoamericana, quiero confesarles, con la mayor reserva, que yo soy mi mejor alumno, el que algo aprendió, porque fue el único que siempre se quedó repitiendo diversamente el curso...

Y quiero decirles que desde niño viví y vivó primordialmente, en mi casa, en mis caminos, mis charlas, mis lecturas, mis escritos y mis silencios en ese aprendizaje. Porque:

*“Amor viejo y Camino Real  
nunca se dejan de andar.”*

Con los años continué acendrando siempre en mi memoria - por encima de querellas de frontera e inevitables chicanas y abrazos de vecinos - la sabia distinción vicentina entre castellanos y portugueses, porque “hispanos somos todos”, aludiendo etimológicamente a la tradición de unidad de la *Hispania* romana, sin desmedro de la dualidad peninsular de soberanía y culturas y de las afirmaciones de las autonomías históricas, externas e internas. Pero debo reconocer que llevaba yo tiempo en España sin haberme entrañado totalmente en la *nossa Hesperia*, milenaria y camoniana. Y es que, aunque me había acercado también a su vertiente semítica, predominantemente musulmana, no había visitado todavía Portugal. Preponderaba en mí la visión de las ricas y variadas culturas y estilos de una gran parte de la Península; aún no había encarnado lo mucho que me faltaba asimilar. Y ello a pesar de que mi padre me había entusiasmado abriéndome el surco de la lectura del querido Oliveira Martins, de las tradiciones académicas de Coimbra y de las andanzas de Unamuno. Fue mi reencuentro con la Extremadura de

Cortés y de Pizarro, antiguos habitantes de mi infancia, que hizo de vislumbre realidad entrañable. Sentí un día, de paso por Olivenza, la sorprendente delicia de encontrarme con el manuelino, con las blancas chimeneas bordadas, con los tejados lusitanos con respingos de pagoda en esa *extrema dura terra* que dicen haber visto en Extremadura los romanos. Sus agrestes paisajes y los que descubriría más tarde en el hermano Alentejo se me aparecieron, además, como reminiscencias o premoniciones de tantos paisajes de Indias, desde aquella Navidad, camino de Guadalupe, en unas vacaciones de estudiante en Salamanca.



En ese vaivén unitario de mi vocación iberista e iberoamericana, un día, Ultramar mediante, iniciamos a la sombra ilustre de la obra del alto peruano D. Miguel de Lastarria un diálogo epistolar con mi colega y amigo Luis Alfonso Limpo Píriz - historiador de la acotada política de Godoy bajo la presión anglo-lusitana y napoleónica - que tiene un privilegio que le envidio: un río fronterizo de sangre interior bilingüe, ibérico, que le permite bañarse en el Guadiana y vadearlo como Perico por su casa.

Mencionar su río me lleva a evocar lo que hace poco supe : que Olivenza tiene un puente vinculante moderno y dinámico y un viejo puente fracturado (“pont de pierre rompu”, al decir de un mapa antiguo). Y éste parecería ofrecer dos incentivos. Uno de ellos, más especializado, el de hacer *hablar las piedras* a la vez a arqueólogos y a polemistas. El otro, más amplio, el de alzar, suspendido en un enlace de cielo, agua y pedregosos verdes, un Puente de Avignon en cada orilla. Ambos, tal como están, componen una suerte de sinfonía inconclusa convergente: tensos sus arcos, desde una y otra ribera, en un discauto armonioso tienen, como el arquero griego la suya, una meta, que en su caso es la Iberia profunda. Porque hay vacíos que habita la Plenitud; y cabe recordar que, aunque no todos consiguen verlas, hay que trasponer las Columnas de Hércules para enlazar a Iberia con Iberoamérica.





No sabría contar el tiempo, las noches, en que mis libros velaron por mí. ¡Cómo olvidar a Sor Juana Inés de la Cruz, ibérica de la Nueva España, que cantó a su biblioteca como “mi quitapesares”! Pero esta noche he sido yo quien ha velado mis libros. Y ellos, como siempre, me armaron de claridades para el tiempo de ausencia. Porque nuestros libros son los ríos que vienen desde la mar a convivir. Mi ánimo está ya en la memoria de la puerta manuelina de la Biblioteca del Centro de Estudios Ibéricos Agostinho da Silva, que se abrirá para darles abrigo y continuar su lección desde Olivenza, tan una y entrañablemente ibérica. Y ello me permite, partiendo osadamente galas con El-Rei Don Manuel, sentirme yo también Afortunado. Aunque – y esto queda entre mi biblioteca y yo – un poquito *saudoso*.

¡Muchas gracias y hasta siempre!

(Montevideo, noviembre del 2002)